

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 15 de Septiembre de 1932

Núm. 490

EL BASTÓN DEL RECUERDO

En el taller donde las máquinas vibran, ha entrado un viejecito humilde.

Viene muy limpio, y muy rasurado. En su sombrero, en sus botas, en su camisa nítida y su traje impecable, se adivina el cuidado solícito de una amorosa mano de mujer.

Y se adivina más. Se adivina el curioso examen con que ¿la nieta? revisó al viejecito antes de salir a la calle.

Son estos ancianitos tan pueriles, que semejan niños. Andan despacio, como quien perdió ya la soltura y no confía en los miembros entorpecidos. Y cuando sacan del bolsillo la petaca nueva, o el reloj niquelado, se diría que tratan de encender la envidia en quienes los rodean.

Este viejecito pulcro que ha entrado en el taller de las máquinas, se apoya en un bastón nudoso, que remata en una pulida bola de marfil. Y es curioso observar la insistencia que pone en mostrar a todos, como en manera inagotable, la marfileña esfera.

Toma el bastón por su parte media; lo coloca bajo el brazo mientras fuma; lo cambia al otro lado después: y mientras hace esto, acaricia a cada momento el remate blanco cual si tratara de pulirlo con el roce caloso de su mano.

—¡Qué bien está usted ahora...!—le dicen—.

Y el viejecito, anima sus ojillos con un aire inocente de triunfo, y contesta orgulloso:

—¡Psss...! ¡Claro que estoy bien...! Me paseo, fumo, tomo el sol, no me falta qué comer... Estos días, parece que andaba un poco torpe de las piernas, —¡pícaras piernas!—pero... ejem, ejem... nada... muy bien... muy bien...

Todos hemos admirado el bastón. Lo hemos examinado con aire inteligente, y lo hemos devuelto a su dueño que sonríe satisfecho y envanecido.

—¡Buena madera!... ¡Y buen puño...! Ya le habrá costado ¿eh?

El viejecito parece desvanecerse con el éxito.

—¿Costarme...? ¡Ufff...! Claro que ha costado...! Pero como uno ya no tiene vicios, pues... tenía unos ahorritos y lo compré...

El corro de oyentes, comienza a disolverse. Es la hora agobiante del trabajo y, a pesar del afecto que el viejecito inspira, es fuerza consagrarse a las labores. Pero él no para mientes en ello. Y con el propio regocijo de antes, con igual vanidad y el mismo orgullo con que nos mostraba el bastón, y la petaca, y el reloj, y el sombrero nuevo, va ahora hacia las máquinas que trepidan furiosas con vorágine de trasmisiones, de palancas, de ruedas, de engranajes...

Una, a una, las recorrió todas. Primero, examinó las linotipias; luego, la máquina plana, ocupada en tirar portadas para la revista, lo entretuvo un rato; por último, andando a saltitos, cruzó por entre las bobinas de papel y llegó hasta el inferno estruendoso de la gran rotativa.

Allí permaneció quieto, apoyado en la bola de su bastón, contemplando el vertiginoso funcionamiento de la máquina que arroja millares de ejemplares por minuto.

Y fué entonces, cuando otro viejo del taller, no muy distante ya de jubilarse, se acercó a nosotros, y nos dijo confidencialmente:

—¡Ve usted...! ¡Qué cariño le tiene a esto...! ¡No puede vivir sin venir por la Casa...! ¡Claro, trabajó aquí tantos años...!

Es verdad. No se puede romper, de repente, el contacto, con lo que ha convivido con nosotros. Las cosas que nos rodean mucho tiempo, acaban por tener algo nuestro y nos dan algo de ellas.

Acaso estas máquinas, y esta platina, y estas cómodas, y el recuerdo englobado de todo esto, sea el bastón más recio para el vivir presente de este anciano que, sin embargo, con la inconsciencia alegre de su vejez tranquila, se figura apoyarse en el bastón nudoso que remata una bola de marfil...

¿CUANDO SE PUEDE BEBER AGUA?

—¡Es que tíe usted unas preguntas! Míe que preguntarme cuando se puede beber agua... Pues seguramente a toas horas, siempre que se tenga sé, aunque uno se exponga, si abusa a que le duela la tripa... ¿No es esc?

—Eso no es contarme, Chaumete. Tú has venido diciéndome que habías hallado una fuente muy rica en el campo, y te habías puesto como nuevo de tragar agua. Y entonces te he preguntado yo si sabías cuando se puede beber agua...

—Francamente; no le entiendo.

—Es bien claro, sin embargo. El agua sólo debe beberse cuando está en buenas condiciones; sólo entonces puede uno entregarse al placer de satisfacer la sed... Ahora bien: ¿conoces tú las condiciones del agua?

«No pongas esa cara de asombro, y escucha: El agua, sabe todo el mundo que se halla siempre en el aire en estado de vapor. Se manifiesta bajo la forma de lluvia, nieve o granizo. Esta clase de agua, nunca es buena, porque al atravesar la atmósfera arrastra consigo muchos cuerpos suspensos en el aire. En cuanto al agua de los pozos, tiene el inconveniente, de que suele estar estancada, y además, antes de llegar allí ha atravesado terrenos que tienen sulfato de cal, o sales que las alteran.

«El agua buena para beber, habrá de tener 14 milésimas de su volumen de aire. El ácido carbónico, en la proporción de 4 a 6 milésimas, es también favorable a la salud.

«Los cuerpos extraños que puede contener el agua, según en la proporción en que estén, pueden convertirla incluso en venenosa. Por medio de la evaporación, se conoce esto bien pronto. Si el residuo que deje el agua no pasa de 20 a 60, cien milésimas de su peso, tendrá el agua condiciones saludables, pero si excede el residuo de esa cantidad, deberemos declarar que se trata de aguas malas.

—¿Con qué hemos de dejar que se evapore el agua para saber si es buena?

—Dejando evaporar cierta cantidad, pronto se sabe luego a que atenerse. Pero también se pueden emplear como procedimientos infalibles para conocer la pureza del agua, los que voy a indicarte. Primero, ver si se disuelve el jabón en cierta cantidad de agua—no suele ocurrir esta disolución con el agua de pozo—; después, ver si se transparenta durante su ebullición, dejando muy poco residuo al evaporarse; y por fin, observar si crecen en ella las legumbres sin endurecerse. De todos modos, con precaución muy útil, te aconsejaré que siempre que vayas a beber de un agua

desconocida, sobre todo si es de algibe, eches en él azufre o hierro colado. Es una buena precaución.

—¡De modo que el agua, pa ser buena, no debe tener más que eso... agua!

—Tampoco es cierto eso, en absoluto. Se ha podido observar, que el yoduro y el bromuro, son substancias que preservan al agua de muchas enfermedades, por lo cual, el agua mejor es aquella que contiene algo de las dos cosas. Y tan esto es así, que eminencias médicas aconsejan ser necesario emplear en las comidas sales que contengan algo de yoduro y bromuro...

—¿Y el agua de nieve? Esa sí que es buena y pura, ¿verdad?

—Es malísima. Produce una horrible enfermedad llamada papera o lamparón. No la bebas nunca...

—¡Y con lo que me gustaba...! En fin seguiré sus consejos. ¡Como ha de ser! Tengo el consuelo, de que, aunque paezca yo muy torpe por no saber beber agua... si to los que la beben suplan cuando se pué beber... pue ser que se decidieran por beber vino en vista de las dificultades.

EL NIETO DEL ABUELO

Invencible

Durante un tiempo ideal de unos lustros, por fortuna, no tuvo España ninguna cuestión internacional.

Dormido el león estaba, abrazado a su bandera, cuando una africana fiera le acometió a traición.

Despertó y sin dilación defendióse noblemente, batallando frente a frente contra el odioso rifeño, que resultó muy pequeño para un león tan valiente.

Hoy el león vencedor nos prueba con lo ocurrido, que aunque le pillen dormido, sabe defender su valor; que tiene arrojo y honor y no se deja ultrajar, y el que lo quiera intentar, será sin duda un suicida que querrá perder la vida y su honra mancillar.

Viva pues el victorioso!
Viva España que es león!
Viva la invicta nación de un pasado muy glorioso!
Viva el suelo más hermoso! porque este fecundo suelo que labora con anhelo con muy elevados fines, da mujeres serafines, y es la sucursal del cielo.

Y aunque crean que se ensaña mi patriótica pasión, mil veces mi corazón repetirá: ¡Viva España!

ERNESTO OLMOS

El gusano de seda

Como es sabido, el gusano de seda procede de China, como también el árbol de cuyas hojas se alimenta.

Antiguamente la cria de dicho insecto sólo se hacía en el Celeste Imperio y así seguramente habría continuado mucho tiempo si unos frailes griegos no se hubiesen llevado huevos de mariposa.

Como muchas otras cosas, era un gran delito llevarse huevos de mariposa al extranjero, pues estaba rigurosamente prohibido, pero dichos frailes los pasaron de contrabando dentro de un bastón hueco.

Los huevos fueron trasladados a Constantinopla. Los mismos frailes hicieron nacer a los gusanos y enseñaron a criarlos y aprovechar su producto.

El arte de la cria del gusano de seda se extendió pronto por toda la Grecia. Se construyeron grandes talleres en Atenas, en Tebas, y en Corinto.

Estas fábricas hacían piezas de ropa que llegaban a venderse a 25 monedas de oro.

El cultivo del gusano de seda en la Península Ibérica fué introducido por los árabes que, anteriormente a los frailes griegos habían podido traer de China huevos de mariposa que criaron en África.

El gusano de seda empieza su vida en larva, en un gusanito negro y pequeño, come hojas de morera y cambia tres veces la piel conforme va creciendo.

Una vez ha obtenido su completo desarrollo, escoge un lugar apropiado y va sacando de su boca un hilo de seda con el cual se envuelve, formando un capullo.

Durante mucho tiempo se ignoraba el órgano productor de la seda, pero se pudo saber que no es un órgano, sino dos órganos glandulosos que en forma de conducto están dispuestos lateralmente a todo el largo del cuerpo del gusano y que desembocan en el labio inferior en donde se juntan ambos por una especie de trompa.

Dentro del capullo se convierte en crisálida y al fin en mariposa, la cual revienta el capullo y sale afuera. La mariposa hembra pone de 250 a 400 huevos. ¡Una enorme cantidad!

Para poder aprovechar la seda y sacar todo su valor, no se ha de dejar salir la mariposa, pues al hacerlo rompe el capullo y el hilo de seda queda roto en muchas partes. Para evitar esto, los cultivadores sólo dejan salir del capullo las mariposas que han de producir la nueva cria y matan a las demás crisálidas antes de salir del capullo. Es una medida necesaria.

Uno de los muchos procedimientos que se usan para matar la crisálida es el siguiente: extender los capullos al sol durante tres o cuatro días y después someterlos a la acción del vapor acuoso. Entonces los capullos ya quedan a punto de deshilar. Esta operación va a cargo de hábiles obreras que cogiendo el hilo por un extremo lo deshilar por completo.

Debido al gran consumo que se hace de la seda, ha habido necesidad de fabricarla artificialmente con preparados químicos; naturalmente no es tan fuerte ni tan duradera que la natural.

FRANCISCO SALA BALAGUER

LOS VIGILANTES DEL MAR

LOS FAROS

Los faros antiguos no eran como los modernos, como ya podéis suponer.

Se supone que los faros que se hicieron cuando la roma inmemorial, eran altas torres colocadas en las montañas próximas al mar, las cuales estaban vigiladas por unos hombres, cuya misión era mantener el fuego que se hacía en la cumbre de dichas torres. Gracias a estos rudimentarios faros, se podían guiar por la noche las antiguas galeras. Pero ocurría a veces que las fuertes tempestades de lluvias apagaban el fuego y aunque los

PINOCHO
SEMANARIO INFANTIL

Publica 16 páginas de amena lectura para niños, CUENTOS, HISTORIETAS ILUSTRADAS, CHISTES, PROBLEMAS, PASATIEMPOS, etc., etc., etc.

Precio 0'25 pesetas.

Véndese en Mahón en la Librería de MANUEL SINTES ROTGER.—Plaza de P. Iglesias, 17

torreros (vigilantes de los faros) intentaban volverlo a encender, no podían de ninguna manera.

Muchos años después se inventaron los semáforos, o torres de señales. Esas torres consistían en unos edificios, que en la parte superior de las cuales se colocaba una gran cruz de madera. De esta cruz pendían unas cuerdas de las cuales subían y bajaban unas bolas de metal, accionadas por sendas cuerdas que hacían mover los torres. Mediante estos movimientos de las bolas se transmitían mensajes a gran distancia. El castillo de Montjuich tiempo atrás fué un semáforo.

He dado esas explicaciones referentes a las torres de señales, por el gran parecido que existe entre éstas y los faros.

FAROS MODERNOS

Construcción de los faros

Los faros modernos son verdaderas maravillas de Ingeniería. Su construcción tiene que estar hecha a conciencia, pues durante las grandes tempestades tienen que sufrir miles y miles de toneladas de presión.

Las olas gigantes estallan encima de ellos como monstruos que quieren devorarlos; pero los faros resisten la tenaz lucha con los elementos.

Al empezar los planes para la construcción de un faro moderno, los ingenieros visitan el lugar de la obra y en seguida empiezan sus trabajos. Si el faro debe emplazarse en tierra firme o en acantilada la obra puede decirse que es fácil, pero no si debe echar cimientos en medio del mar.

Si el faro debe hacerse en medio del mar, se busca una prominencia o bien un arrecife en el sitio más próximo al lugar determinado. Durante la baja marea, se hacen unas resistentes paredes alrededor del lugar en donde se tienen que echar los cimientos.

Cuando esto está terminado, se empiezan los cimientos; hechos éstos, se da principio al faro. Al mismo tiempo se construye una plataforma metálica, en la cual se instalan los talleres y las herramientas necesarias para la construcción del faro.

Pero como el transporte de las máquinas necesarias para el faro y las herramientas sería muy peligroso hacerlo con embarcaciones, se construye un funicular aéreo desde la plataforma hasta la costa; de esta manera resulta menos peligroso y más cómodo y a la par más económico.

Hecho todo el edificio, se coloca el aparato más importante en todo faro: la linterna. Este complicado aparato se puede dividir en dos grupos: de iluminación fija y de iluminación alternativa.

Los faros de iluminación fija, constan de una gran linterna o farol, dentro del cual se coloca un juego de lámparas si se pueden hacer de electricidad y si no, con un juego fuerte de petróleo o de carbono. Cuando se abre la luz, la linterna proyecta sus rayos en todas direcciones.

Si los faros son de iluminación alternativa, esa linterna gira, produciendo destellos de gran potencia, cada minuto o cada medio minuto como se quiera. Esta linterna es movida por un motor eléctrico o por un juego de relojería.

LOS TORREROS

Esos hombres son los encargados de velar por la «vida» del faro.

El relevo se hace cada medio año o cada trimestre, o el tiempo que se haya fijado.

Los torreros han de ser hombres de gran valor y abnegación, pues el oficio que tienen es uno de los más peligrosos. En los días de tempestad se tiene que pasar horas y horas puestas las manos constantemente en las palancas de los aparatos. El telegrafista delante del manipulador y atento a cualquier llamada de auxilio. El encargado del juego de luces (por la noche), debe estar siempre alerta para que el funcionamiento de la linterna sea siempre perfecto. Dos o más hombres también tienen que estar explorando la inmensidad del mar con los ojos puestos en los catales especiales.

Del buen funcionamiento de los faros y de la atención y abnegación de los torreros depende siempre la salvación de buques naufragos y de las catástrofes que ocurren cerca de los faros.

SANTIAGO MALLAS

Intimidades del hogar antiguo

El hogar del siglo XVII ofrecía generoso hospedaje a ese grupo de animales que fácilmente se acomodan a la convivencia humana. Era señal de soledad en una casa no hallar cuando se entra en ella

«Ni perro que os diga «guau»
Ni gato que os diga «miau» (1).

Desde luego, los perros eran los que más cabida tenían en casa, sobre todo en el cariño de las damas. Ya estaba en uso emplear determinados artilugios para impedir el desarrollo de estos animalitos y conservarlos en tamaño gracioso y juguetil. Se les cargaba sobre el lomo unas alforjuelas, cuyo peso comprimía el natural crecimiento (2). Así llegaban a obtenerse falderrillos «no mayores que un hurón» (3), tales «que se pudieran esconder en el seno» (4).

Sus cariñosas poseedoras adornaban estos «perritos de falda» con collares y cascabeles de plata (5), con lazos y mantas de vistosos colores (6).

Sobre servir a las damas «de regalillo a las manos y de juguete para estar ociosas», llegaron estos gozqueuelos a dar reputación, de elegancia y calidad a sus dueñas, que sin el requisito de un perro, juzgaban que les faltaba algo muy principal (7). No se lo dejaban, pues, atrás en sus paseos y salidas en litera o en coche, y hasta parecía verosímil encargarlo al caballero o escudero para que lo llevase cuidadosamente a la misma recreación que iba su señora (8).

Los nombres más comunes con que se apellidaba a estos juguetes animados eran los de «Jazminito» o «Jazminillo» si eran machos (9), y «Marquesilla» si eran hembras (10).

(1) Rojas, *Sin honra no hay amistad*, III; Rivad. LIV, 311-b.)

(2) P. Valentin de Céspedes, *Las glorias del mejor siglo*, II; Rivad. XLIX, 148-b.)

(3) *Historia Natural de Cayo Plinio*

(4) Cervantes, *Coloquio de los perros*, ed. Amezúa, p. 563.)

(5) Anón., *Discursos de la viuda de veinticuatro maridos*, Rivad. XXXVI, 535-b.)

(6) Anón., *Casa de locos de amor*; Rivadeneyra, I, 353.)

(7) M. Alemán, *Guzmán de Alfarache*; Rivad., III, 348.)

(8) Vd., *El Crotalón*, N. B. A. E., VII, 244-b.)

(9) Rojas, *Lo que quería ver el marqués de Villena*, II; Rivad. LIV, 328-c.—Mirademecua, *Obligado contra su sangre*, III; Rivad. XLV, 67-c.—*Flores del Parnaso*, Zaragoza, 1708, p. 137.)

(10) Quevedo, Col. Clás. Cast., LVI, 48.)

A veces el cariño de las señoras a sus perritos tenía mala correspondencia. En la corte, cuando alguna dama era mordida por su faldero, iba al instante al convento de San Bernardo «para que la santiguaran» (1), remedio antirrábico de la época.

Los gatos, en cambio, no parece que gozaron de gran predicamento en este siglo. Siempre se los pinta en los camaranchones y tejados, entregados a garroneras y coqueteos, sobre todo por el mes de enero, y aún por el de febrero (2).

Los gatos domésticos tenían el nombre de «mansejones» (3), y las señoras amigas de felinos solían adornarlos con orejeras (4), que bien mirado, no nos atrevemos a suponer cómo serían.

Acreditaba, además, a una señora tener mona y papagayo entre sus animales de regalo (5). A los monos solían vestirlos mimosamente con un baquerillo forrado de pieles (6), y al papagayo le enseñaban a cantar las tonadas más en boga (7).

Estos animales era costumbre lucirlos en el balcón o en la reja de la ventana, a modo de muestra de la categoría de señoras que moraban en aquella casa (8). Hasta las señoras monjas de las Huelgas sacaban a la reja sus papagayos para que aprendiesen a hablar oyendo a los transeúntes (9). De Toiú, de Puerto Rico, de las montañas de Bugía llegaban a España micos y monas, para dar lustre a ventanas y balcones (10).

M. H. G.

(1) F. Benegas, *Obras Siricas y Jocosas*, Madrid, 1766, p. 84.)

(2) Lope, *Obras Dramáticas*, R. Acad., VII, 601-a.—Tirso, *Comedias*, N. B. A. E., I, 620 a II, 179-b, dos pasajes idénticos, y Rivad., V, 99-a.—Quevedo, Col. Clás. Cast., XXXIV, 161.—Conde de Cervellón, Ms. 17 527, p. 35, B. Nacional Madrid.—Salazar y Torres, *Citara de Apolo*, Madrid, 1694, p. 65.—Hurtado de Mendoza, *Comedias*, Rivad., XLV, 453-b.—Cubillo de Aragón, *Comedias*, Rivad., XLVII, 127-c.—Cristóbal de Castillejo, *Obras*, Alcalá, 1615, p. 64.—López de Ubeda, *La Pícaro Justina*, Riv., 61 a y 114-b.—*Tragedia Políciana*, N. B. A. E., XIV, 39-a.)

(3) M. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Col. Clás. Cast., LXXXIII, 89.)

(4) Anón., *Discursos de la viuda de veinticuatro maridos*; Riv. XXXVI, 535-b.)

(5) Don Juan de la Hoz y Mota, *El Castigo de la Miseria*, I. Rivad. XLIX, 195-b.)

(6) Anón., *Discursos de la viuda de veinticuatro maridos*, Rivad. XXXVI, 535-b.)

(7) Moreto, *La ocasión hace al ladrón*, II, Rivad. XXXIX, 415-c.)

(8) S. Parbadillo, *El Sagaz Estacio*, Col. Clás. Cast., LVII, 250.)

(9) Tirso, *Amor y celos hacen discretos*, Rivad., V, 156-b.)

(10) Góngora, I, 302.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Para conservar el hielo

Para lograr que un trozo de hielo tarde mucho tiempo en deshacerse, el mejor procedimiento casero consiste en poner un trozo de franela gruesa sobre una vasija vacía, estirándola bien, y sobre ella el trozo de hielo, cubriéndolo con otro trozo de franela.

* * *

Una lezna recta, una aguja gruesa o un alfiler de sombrero de señora son las

mejores herramientas para despedazar el hielo.

Para conservar los huevos

Se conservan durante mucho tiempo, sin que pierdan su frescura, haciendo una disolución de 300 gramos de sal de cocina en 5 litros de agua de cal. Una vez sumergidos en ella los huevos déjeseles dentro durante unos cuantos minutos, y al retirarlos póngase a secar al aire libre.

Para clarificar el aceite común

Se pone en una botella el aceite que se quiera clarificar, pero sólo hasta unas tres cuartas partes de su cabida, echándole un poco de sal limpia y en grano. Luego se tapa la botella con un papel, agujereándolo con un alfiler. La botella así dispuesta se pone al sol y al aire por unos días, al cabo de los cuales se verá cómo queda el aceite limpio y claro. Para usarlo se echa en la vinagrera, teniendo cuidado de que no se agite.

* * *

Para evitar que se enrancie basta echar en cada botella de aceite una porción de alcohol de 90 grados, de modo que éste forme una capa de unos cinco centímetros de altura sobre el aceite. Luego se tapa la botella, que deberá conservarse siempre derecha.

Consejos de Jefferson

He aquí los consejos de Jefferson, indispensables para la vida, según la sabiduría norteamericana:

No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

No gastes el dinero que no hayas ganado.

No compres nada inútil por barato que te resulte.

El trabajo realizado con alegría no fatiga.

No recurras a otro para hacer aquello que puedas realizar por tí mismo.

La vanidad y el orgullo te harán sufrir más que el hambre y la sed.

Comienza las cosas por el principio.

Evita las penas y preocupaciones que solo son producto de la imaginación y no llegan nunca.

Cuenta hasta diez antes de hablar cuando estés descontento, y hasta ciento si te hallas colérico.

Imp. de M. Sintet Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Mahón

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

— POR —

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(42)

escritorio, y me encontré, comparada con ella, muy cursi, muy ridícula... hasta fea.

«No se burlarían de la burguesita provinciana los dos elegantes, apuestos diplomáticos, agregados de Embajada en París?»

La campana llamaba por tercera vez y era preciso comer antes del baile...

Me miré al espejo por última vez y aceptando la salida de baile, una maravilla de pieles, encajes y raso, que acababa de salir de los talleres de Zimmerman, con la cual me envolvía maternalmente la pobre Paula, franqué los umbrales de mis habitaciones y me lancé en la misteriosa penumbra del corredor.

Por la escalera de roble tallado, ancha y majestuosa, subía alguien porque crujía bajo unos pasos algo preci-

pitados, demasiado fuertes para ser de algún doméstico.

De pronto, en una revuelta del corredor, surgió la silueta de un hombre...

«¿Quién era?... Alto, arrogante, con un aire del todo desembarazado y distinguido, un caballero que vestía correctamente de frac, adelantábase hasta mí.

«Era una ilusión óptica o es que realmente el conde Fernando de Fenollar se había transformado en una hora? ¿Qué se había hecho el enfermo encogido, huraño, abrumado continuamente de cansancio y de hastío?

«¡Dios mío!—exclamé harto imprudentemente—¿Es usted, Conde? ¡Pero está usted desconocido! ¡Que arrogante, qué joven le encuentro esta noche!

«Temí haber dicho alguna inconveniencia y miré ansiosamente aquel rostro estirado aún, que no parecía en aquel instante el de un enfermo, sino el de un hombre sano y fuerte. Pero los labios y los ojos sonreían evidentemente halagados y, medio en serio, medio en broma, repuso:

«¿Me encuentra usted otro? ¿No es eso... Pues bien, querida Glo-

ria... En esta noche, primera de un año que espero será más feliz que el que ha muerto, no quiero creer que soy un pobre enfermo, ni que vivo a merced de una dolencia traidora que puede aniquilarme en breve espacio solapadamente... Quiero pensar sólo, que soy un hombre arrogante, que la juventud me sonríe, que la vida me llama, que el amor me espera... Quiero, en alas de esa bella ilusión, volar a las regiones doradas de una ideal, fantástica, quimera... quiero bailar con una hermosa mujer y, entre mis brazos, llevarla a los compases de un vals... quiero gozar... quiero reír... ¡quiero olvidar!

«Me estremecía al oírle... Sus palabras encerraban una doliente amargura... Eran como un desesperado llamamiento a la vida y resultaban trágicas en boca de aquel hombre que contaba aún con muy pocas probabilidades de salvación.

«Me quitó la salida de baile suavemente, diciendo muy bajito:

«Debe estar usted deliciosa en traje de baile y quiero ser yo el primero en admirarla.

Cayó el abrigo y quedé ante él,

blanca y vaporosa como una aparición, en la semioscuridad del largo pasadizo.

«Me miró asombrado, una y otra vez, desde los pies a la cabeza, y vi en sus ojos una elocuente expresión admirativa que me hizo mucho bien, pues me devolvió la tranquilidad. Seguramente no me encontraba tan poquita cosa como yo creía.

«¡Oh, Gloria, Gloria!... ¡Qué divina mujer es usted!

«Su frase fué cálida, ardiente, pero muy sincera y, como a toda mujer le gusta verse admirada, yo sentí mi pobre corazón saltar loco de júbilo, ebrio de entusiasmo y algazara.

«Después reparó en mis flores...

«¿Quiere usted darme uno de esos jacintos? Vea usted mi ojal; no tiene flor.

«Quedé confusa, luchando entre el temor de ofenderle con una negativa y el miedo de disgustar al doctor, a quien seguramente no agradaría mucho que yo repartiese sus jacintos a unos y a otros.

«Desconozco los usos del gran mundo, Fernando, y por ello me permito preguntarle si es correcto que

una joven que recibe flores de un caballero obsequie a otro con ellas.

«¿Acaso, son esas flores un obsequio?

«Sí, de Manuel Ardieta—respondí ruborizada.

«Noté en él un fulgor de alegría y casi a la vez, una expresión contrariada; pero fué un instante porque, dominándose, contestó brevemente:

«Pues bien, no. No debe usted dar a nadie, ni uno solo de estos jacintos, ni a mí mismo. Y ahora, déjeme ponerla de nuevo la salida de baile; cójase de mi brazo y bajemos, que hace ya rato que la esperan.

«La entrada del Hada Alegría en el comedor fué una entrada triunfal. Ardieta estaba invitado a la comida familiar y fué colocado a mi vera, pero habló poco... Parecía sumido en una adoración completa y extática.

«¿En qué piensa usted?—hubo de preguntarle.

«En usted, Gloria.

«Desde este momento su palabra fácil, sus conceptos bellos, me acariciaron dulcemente...

«Es Ardieta un hombre de mucho corazón y de un talento clarísimo,